

excepción de aquellas que, á su juicio, habían de serle provechosas. Poseía en alto grado la sangre fría y la soflama, dos medios temibles que acababan de asegurar su imperio. Con su sangre fría dominaba á la Asamblea, y con una frase oportuna ponía fin á todo debate indiscreto ú ocioso. Con su soflama intimidaba; y más de un discurso fué cortado por medio de una media sonrisa que, comprendida y repetida por sus fieles, creaba una impresión de glacial indiferencia, peor que la hostilidad. Era sobre los discursistas enojosos que solía dejar caer su silencioso desdén: sin embargo, cuando un gran interés político reclamaba sofocar la discusión, cuando alguna grande empresa particular, patrocinada por él, necesitaba huir de la luz, se le vió á veces extender sus discretos sarcasmos hasta contra los hombres más ilustrados ó más íntegros y evitar de este modo verdaderos apuros á su gobierno, á sus amigos y á sí mismo: con esto se acarrió algunas enemistades duraderas, tan duraderas que ni la muerte las desarmó. No le gustaba la elocuencia, ni la pequeña que él desdeñaba, ni la grande á que no alcanzaba él. Nadie contribuyó tanto como Morny á desacreditar al antiguo arte oratorio: substituyó las antiguas formas clásicas con la conversación en que era maestro; una conversación familiar, sencilla, con paréntesis que concurrían al fin, encaminada á la conclusión, pero sin ostentación alguna de plan; mezclada con repeticiones, dudas y lasitudes: todo esto servía de marco á unas cuantas palabras de un relieve de gran efecto que estallaba de pronto y que, en el estudiado desorden de lo demás, adquiría trazas de espontánea y feliz improvisación. El procedimiento hizo escuela, y de la imitación torpe nació un género nuevo, de una dejadez impertinente, con pretensiones de ligero y suelto, lleno de afectaciones cómicas para llegar á la elegancia, con más trabajo para escapar á las reglas del que costaba observarlas. Con sus cualidades y con sus defectos, con sus habituales atenciones y sus excepcionales durezas, Morny se hizo pronto dueño de la Cámara. Con él la obediencia era temperada por una dignidad tan cortés, que la resistencia, más que energía, hubiese parecido mala voluntad. Hasta los más rebeldes cedían. Muchos se complacían en consultar aquel hombre eminente, tan considerable por su rango, tan elevado por su inteligencia, tan ligado con el emperador hasta por vínculos de sangre. El se guardaba mucho de prodigarse, y lejos de ofrecer sus consejos, los hacía desear. Cuando los daba, era con una autoridad conciliante que encantaba y, sobre todo, con una claridad y con una precisión que en aquellas almas honradas, pero tímidas é irresolutas, producían un efecto casi infalible. Más tarde, mucho más tarde, Morny tuvo otro medio de acción merced al cual su influencia se extendió hasta sobre los grupos independientes y medio refractarios: dió vagamente á comprender que, andando el tiempo, el Cuerpo legislativo vería aumentar sus atribuciones y recuperaría poco á poco su antiguo puesto: hablando así, había de afirmar su ascendiente: los liberales le aplaudieron en la esperanza de una era nueva, y los demás apenas se atrevieron á contradecirle y se alegraron por espíritu de cuerpo ó por vanidad.

He sido algo minucioso en describir este Cuerpo legislativo imperial, tan diferente de las Cámaras consti-

tucionales que lo habían precedido y del Parlamento democrático que tenemos hoy. Iba á olvidarme del Senado, y el olvido hubiera sido imperdonable á causa de su importancia teórica, aunque muy excusable á causa de su insignificancia real. Cuando un proyecto había pasado por la doble prueba de la elaboración por el Consejo de Estado y de la votación por el Cuerpo legislativo, le faltaba sufrir un último examen. Era enviado del Palacio Borbón al Luxemburgo, no á fin de ser nuevamente discutido, sino á fin de ser pasado, como quien dice, por la piedra de toque. Si la proposición era contraria á los principios constitucionales y al orden general, la alta Cámara había de ponerle su *veto* y, sin tener en cuenta los trabajos precedentes, relegarla á la sombra de los archivos. En el caso contrario, le ponía su estampilla y la transformaba en ley. Así opera el revisor que marca las monedas con su punzón antes de entregarlas á la circulación pública.

Pues bien, he aquí lo que fué del primer cuerpo del Estado. No es que no hiciera nada, como falsamente se ha dicho, sino que hizo algo distinto de lo que el gobierno le pedía. Se pareció á esos ancianos cuya memoria deja escapar el presente, pero que guarda con maravillosa fidelidad todos los recuerdos del pasado. Ex ministros, generales, funcionarios de todo orden, los senadores se acordaron de la Cámara de los Pares, en que muchos de ellos habían tenido asiento; y como nada había cambiado, ni siquiera el salón de sesiones, todo contribuyó á completar y prolongar la ilusión. No se olvidaron más que de una cosa, del presente, es decir, de la ley fundamental que les había nombrado, instalado y pagado. Cuando las leyes le fueron remitidas del Cuerpo legislativo, ó, como decían, de la Cámara de los diputados, empezaron á discutirlos, como antiguamente, sobre sus méritos ó deficiencias intrínsecas, y no desde el punto de vista exclusivo de la Constitución, esa cosa nueva y complicada para aprender la cual eran demasiado viejos. La falta de auditorio, el silencio de la prensa, la indiferencia del público, todo concurría á guardarlos de la elocuencia: discutían, sin embargo, y hasta discutían con cierto calor, como se vuelve á tomar un arma de que uno se ha servido mucho tiempo. El gobierno desdeñó al principio la infracción, pero, al renovarse, la señaló secamente, como se señalaría una calaverada de algún joven emancipado (1). El Senado sintió la lección, le dolió que fuese irreverente, se calló durante algún tiempo y no tardó en volver á las andadas. En 1854, habiéndole sido sometido la ley de instrucción pública, la discutió con una amplitud digna de un salón menos desierto (2). Lo mismo ocurrió en otras circunstancias diversas. Lo que el público no había oído, el gobierno hubiera podido fingir ignorarlo también. Pero no sucedió así: una nueva nota del *Monitor* recordó á aquellos ancianos obstinados el catecismo de lo que debían hacer y de lo que debían evitar. El pedagogo oficial marcaba muy bien la diferencia que había entre la Cámara de los Pares y el Senado. Si el gobierno amonestaba á los venerables huéspedes del Luxemburgo, no era para imponerles silencio, sino para dirigir su actividad por vías más fecundas. Al Senado, «poder

(1) Véase *Monitor* del 9 de julio de 1852.

(2) Sesión del 8 de junio de 1854 (*Actas del Senado*, 1854, tomo II, págs. 355 y siguientes).

político y moral,» tocaba «sugerir las grandes medidas de utilidad pública,» «oír las peticiones de los ciudadanos,» «señalar las reformas saludables,» «proponer las reformas reales, recorrer el país, observar sus necesidades y consignar en autorizados informes los resultados de sus incesantes investigaciones (1).» Los senadores se dieron por ofendidos, estimando que la lección, en todo caso, no debía ser pública, puesto que no lo eran sus sesiones; y acogieron con algún escepticismo los consejos que les prodigaban. La verdad es que el programa era soberbio, pero ¡ay!, tan quimérico como soberbio. Para ser factible, se hubiera necesitado que el Senado fuese joven ó tuviese al menos un elemento joven que galvanizase el resto; se hubiera necesitado que la actividad de los espíritus, el estado general de las costumbres, las informaciones de la prensa facilitasen tan vasta tarea; á falta de todo esto, se hubiera necesitado en el Luxemburgo una iniciativa, una sola (aunque fuese la de un anciano), pero enérgica y bastante autorizada para que se la siguiese. «Nos invitan, decía un senador, á recorrer el país como investigadores, cuando apenas podemos ir de nuestra casa al Luxemburgo; nos invitan á que tomemos el pulso á la opinión y hacen todo lo posible para contener sus latidos; nos invitan á provocar manifestaciones de los deseos públicos, y si esas manifestaciones se produjeran, serían pronto denunciadas como sospechosas.» Todo aquel grandioso programa condujo á un resultado tan incoherente y mezquino, que apenas nos atrevemos á mencionarlo: preparáronse dos proyectos de utilidad pública, uno sobre los expósitos y el otro sobre el Código rural; redactóse un informe sobre el conjunto de las peticiones; se acordó luego que las exposiciones de los consejos generales se consignasen en los archivos del Luxemburgo á fin de ilustrar á la alta asamblea sobre las necesidades del país, y rechazóse, en fin, como anticonstitucional una ley sobre el impuesto de caballos y carruajes. No pudiendo copiar á sus predecesores, los senadores tantearon un poco para abrirse nueva vía; pero no tardaron en resignarse tristemente á no ser nada ó casi nada. Ignorados del público, se amodorraron cada vez más en sus sillas curules, melancólicos, escépticos, encorvados por el cansancio de la edad, sin cuidarse más que de prolongar ó endulzar su existencia y sin esperar ya nada del gobierno ni de la vida.

III

En los tiempos que atravesamos el interés público no se concentra principalmente sobre las grandes corporaciones nombradas ó elegidas. Sin duda, era esencial describir su mecanismo, pero sería excesivo consagrarles mayor atención. La Constitución no quiso que entre aquellas asambleas y la nación se estableciese un lazo demasiado íntimo, una solidaridad demasiado directa, y en esto fué fielmente obedecida. La verdadera vida se halla en otra parte. Durante los primeros años del reinado se resume en dos palabras: *sufrimientos* y *goces* llevados ambos á un grado poco común.

El primer peligro que el gobierno tuvo que conjurar fué el de una *crisis alimenticia*. Desde el mes de junio

(1) *Monitor* del 11 de enero de 1856.

de 1853, los informes administrativos dejaron presentir una cosecha insuficiente y, en muchos puntos, casi nula. Al principio se dudó de las previsiones, pero como luego fueron confirmadas por los hechos, se empezó á atacar con violencia la legislación comercial y particularmente la *escala móvil*, que por las frecuentes variaciones de los derechos arancelarios tenía al comercio en una perpetua incertidumbre y le retraía, sin duda, de efectuar grandes compras ó activar su llegada. Ilusiones ó recriminaciones eran igualmente inútiles. En el mes de agosto, el precio del hectólitro de trigo candeal se elevaba á 26 francos, sin que se pudiese prever hasta dónde llegaría el alza. Lo que agravaba los apuros era que el mal se extendía no sólo á Francia, sino que también á Inglaterra, á Alemania y al Piamonte. Era preciso, pues, buscar únicamente en Rusia y en los Estados Unidos las cantidades que nos faltaban; además, la competencia de los demás países, expuestos á la misma penuria que nosotros, iba á tener por resultado un aumento general, tanto en los precios de los trigos extranjeros, cuanto en las condiciones de fletes.

¿Iban á volver aquellas grandes escaseces que en siglos anteriores dejaron tan lamentables recuerdos y, en nuestro siglo mismo, en 1816 y en 1846, causaron tan crueles miserias? En algunos puntos del territorio el temor degeneraba ya en pánico, y una ligera fermentación se añadía á la miseria. Hubo poblaciones en que se profirieron amenazas contra supuestos monopolistas; tumultuosos grupos trataron de detener y aun de saquear carros cargados de trigo; algunos alcaldes tomaron disposiciones que limitaban ó prohibían las exportaciones fuera de sus distritos. En tales circunstancias, el gobierno se apresuró á suprimir todas las trabas. Levantó el recargo que pesaba sobre los trigos ó harinas importadas bajo pabellón extranjero (2); suspendió la *escala móvil* (3) y decretó la libre entrada de los cereales; por último, redujo las tarifas interiores relativas á los canales y á los ferrocarriles (4). Lo más esencial era acabar de una vez con todas las viejas rutinas de *máximum* ó de prohibición y destruir la idea de que el Estado pudiese convertirse en proveedor general de las necesidades públicas; porque entonces, paralizada la iniciativa particular, la carestía se hubiese transformado en hambre. El *Monitor* (5) desautorizó claramente estas falsas doctrinas y proclamó el verdadero principio, el único eficaz, el de la libertad de las transacciones.

Por prudentes que fuesen estos consejos, no podían tener sino efectos remotos. Acentuóse la crisis, y el trigo subió á 30 francos en el mes de diciembre; hubo que contar con el hambre que no raciocina ni espera. Mientras, en los departamentos, los municipios se esforzaban en asegurar la subsistencia de los pobres, el emperador imaginó para París una creación especial, la *caja de la corporación de panaderos* (6). Esta institución

(2) Decreto de 3 de agosto de 1853 (*Bulletin des lois*, segundo semestre, pág. 139).

(3) Decreto de 18 de agosto de 1853 (*Bulletin des lois*, segundo semestre, pág. 157).

(4) Decretos de 2 y 5 de septiembre de 1853 (*Bulletin des lois*, segundo semestre, págs. 425, 471).

(5) *Monitor*, 17 de noviembre de 1853.

(6) Decretos de 27 de diciembre de 1853 y 7 de enero de 1854 (*Bulletin des lois*, primer semestre de 1854, páginas 153 y siguientes).

tenía por objeto hacer, en tiempos de carestía, anticipos á los panaderos, á fin de que pudiesen vender el pan á un precio módico, por caro que estuviese el trigo; en tiempo de abundancia, el precio del pan, en vez de disminuir proporcionalmente á la baja del trigo, sería mantenido á una tasa ligeramente superior, y esta diferencia serviría para reembolsar á la caja las sumas anticipadas por ella en los años de penuria. El mecanismo, como se ve, se reducía á un sistema de compensación destinado á aliviar las malas épocas con algunos sacrificios insensibles á cuenta de las épocas felices, y á preservar de fluctuaciones demasiado bruscas el más indispensable de los alimentos populares. Autorizóse á la *caja de panaderos* (1) para prestar veinticuatro millones con la garantía del municipio, y empezó sus operaciones con este capital.

Bueno es moderar el precio del pan; asegurar la regularidad y, si era posible, la progresión de los salarios, pareció cosa más eficaz todavía; ordenáronse grandes obras en París y en provincias, á fin de que en ninguna parte la falta de trabajo aumentase el horror y los peligros de la miseria. Además se abrió una serie de créditos por una suma total de diez millones al ministerio del Interior para subvencionar á las empresas de utilidad pública y auxiliar á los indigentes y á los establecimientos de beneficencia (2). Por su parte, los pueblos reunieron más de 12 millones, ya echando mano de los fondos disponibles de sus presupuestos, ya por vía de suscripciones particulares, impuestos ó empréstitos. Mientras tanto, no cesaban de llegar á nuestros puertos considerables cargamentos de trigo. Confiado en estas medidas y en los esfuerzos de la iniciativa privada, el emperador, al inaugurar la legislatura de 1854, pronunció palabras tranquilizadoras. Anunció que se habían entregado «siete millones de hectólitros al consumo, que se hallaban en camino ó en depósito cantidades importantes y que, por consiguiente, habían pasado los peores momentos (3).»

Los hechos no justificaron del todo estas impresiones favorables. Si la crisis de 1853 fué menos intensa que las de 1816 y 1846, duró mucho más. Llegado el verano, se vió con verdadera consternación que la cosecha de 1854 sería mediocre, casi mala. Todo contribuyó á aumentar el malestar público: la guerra de Oriente cerró á nuestros buques el importante mercado de Rusia; la carestía del pan trajo aparejado un aumento proporcional en el precio de todos los artículos de consumo; para colmo de desdicha, la viña fué atacada por el *oidium*. En tal penuria, el gobierno procuró contener por medio de una serie de decretos aquella alza general que amenazaba alcanzar á las propias fuentes de la vida. Rebajó los derechos sobre todos los artículos de comer, beber y arder. Prohibió la exportación de harinas, patatas, alforfón y maíz. Y como se sacrificase todo á la necesidad dominante de la alimentación pública, prohibióse la destilación de granos (4). En fin, dos nue-

(1) Decreto de 18 de enero de 1854 (*Bulletin des lois*, primer semestre, pág. 157).

(2) Decretos de 22 de noviembre de 1854, 16 de enero, 1.º y 26 de febrero de 1854 (*Bulletin des lois*, 1853, pág. 982, y 1854, páginas 106, 215, 640).

(3) *Monitor* del 3 de marzo de 1854.

(4) Decreto de 6 de octubre de 1854 (*Bulletin des lois*, segundo semestre, pág. 586).

vos créditos, uno de 5 y otro de 10 millones, fueron consagrados á socorros ó subvenciones extraordinarias (5). Los obreros, gracias á la elevación de los salarios, y los indigentes, gracias á la generosidad de la asistencia, sufrieron menos de lo que se hubiera imaginado. Otra cosa les pasó á los empleados de poco sueldo, capitalistas ó rentistas condenados á luchar, con modestos ingresos fijos, contra una elevación de precios que se extendía á todo: alza del pan á causa de las malas cosechas; alza de todos los productos alimenticios á causa de la carestía de los granos; alza del vino á causa de la enfermedad de la viña; alza del carbón á causa del desarrollo de los trabajos industriales; y en fin, como luego se dirá, alza de los alquileres á causa de las demoliciones. En tales apuros, los unos se resignaron silenciosamente y disimularon bajo apariencias decorosas una estrechez próxima á la miseria; los otros cedieron á los impulsos de la especulación que en pocos días les enriqueció ó los sumió en la indigencia. La crisis, extraordinaria, más por su duración que por su intensidad, extendió su influencia hasta sobre los años siguientes: en 1855 y en 1856, el precio del trigo se elevó á veces hasta 33 francos el hectolitro y no descendió nunca más abajo de 26. En 1857, una cosecha extraordinariamente feliz volvió á traer la antigua abundancia, y con ella los antiguos precios.

A la carestía se había añadido el cólera. Este hizo su aparición en París á fines de octubre de 1853, haciendo algunas víctimas, y calmó luego con los rigores del invierno. Se creía haber escapado al peligro cuando, en marzo de 1854, se declararon nuevos casos, especialmente en el hospital de la Caridad, que pareció ser el principal foco de la epidemia naciente (6). De allí la plaga se extendió por toda la población, progresó hasta el mes de julio, en que alcanzó su mayor intensidad, y disminuyó luego poco á poco hasta el mes de noviembre, época en que asestó sus últimos golpes. Las provincias no se libraron de la epidemia; en ciertos puntos ésta hizo proporcionalmente más estragos que en París: durante todo el año de 1854, la enfermedad se desarrolló caprichosamente y sin causa aparente en gran número de pequeños centros aislados; los departamentos del Alto Marne, del Mosa, del Ariege y del Aude fueron castigados horriblemente: al mismo tiempo la epidemia se propagó por la cuenca del Ródano, invadió Aviñón y Montpellier y desoló sobre todo las ciudades de Arlés, Tolón y Marsella. El invierno de 1854 á 1855 pareció marcar el término de la epidemia. Pero con el verano siguiente se presentaron nuevos casos, principalmente en Alsacia, en el Alto Saona, en Córcega y también en el litoral de la Provenza, donde Marsella y Tolón sufrieron una segunda invasión, también muy mortífera, aunque menos cruel que la primera (7). Hasta fines de 1855 no desapareció el terrible huésped para no volver. Ya fuese que el cólera, conocido mejor, hubiese perdido, á los ojos de las masas, sus misteriosos terrores, ó bien que el silencio obligado de los pe-

(5) Decretos de 20 de diciembre de 1854 y de 22 de septiembre de 1855 (*Bulletin des lois*, 1855, primer semestre, pág. 27, y segundo semestre, pág. 381).

(6) *Gazette des hôpitaux*, 11 de marzo de 1854 y *passim*.

(7) Véase «Memorias de la Academia de Medicina,» tomo XX, páginas 102-246.

riódicos impidiese contar los muertos, lo cierto es que nuestro país soportó aquella larga epidemia no sólo con calma, sino hasta con cierta indiferencia, y, exceptuando Marsella y Tolón, en ninguna parte el temor degeneró en pánico. Una estadística oficial, publicada siete años después, permite precisar las pérdidas. Si no se considera más que la capital, la epidemia de 1854 fué menos terrible que las de 1832 y de 1849, pues en el departamento del Sena el número de víctimas fué de 11.520, mientras que había excedido de 21.000 en 1832 y de 24.000 en 1849 (1). El resultado es diferente si los cálculos se extienden á toda Francia: de 1853 á 1855 hubo 70 departamentos y más de 5.000 pueblos atacados en diversos grados: el número total de defunciones se elevó, según los datos oficiales, á 143.478, mientras que en 1832 y en 1849 casi no pasó de cien mil (2).

Como si no hubiese bastante con tan grandes plagas, otra calamidad, la de las *inundaciones*, vino á agravar todas aquellas miserias. En junio de 1855 se supo que el Garona y varios de sus afluentes acababan de desbordar; al mismo tiempo, el Allier, el Cher y otros ríos de menor importancia salieron de madre. Las comunicaciones fueron interrumpidas y varios puentes destruídos; en muchas comarcas se perdieron las cosechas. A pesar de sus destrozos, estas inundaciones se perdieron en el recuerdo de la catástrofe mucho más terrible que estalló el año siguiente. En 31 de mayo de 1856 llegaron de Lyon noticias verdaderamente siniestras. El Ródano, haciendo irrupción por ambas riberas, cubría por un lado los ricos barrios que lo separan del Saona, y, por el otro lado, los Brotteaux, la Guillotière y todos los campos inmediatos. Durante todo aquel día y el siguiente se sucedieron mensajes alarmados: decía que varios barrios estaban amenazados de completa ruina; añádase que la crecida era general: la vía férrea hacia Marsella estaba cortada; más allá de Grenoble, el valle del Grésivaudán desaparecía bajo el agua; el extenso llano de Vaucluse se hallaba también en parte sumergido: en Arlés la corriente del Ródano batía el arrabal de Trinquetaille, y más allá la Camarga parecía un inmenso lago. En 1.º de junio, el emperador partió para dirigir los trabajos, distribuir socorros y reanimar á las poblaciones consternadas. Durante tres días visitó los puntos más amenazados, distribuyendo fondos, asegurando abrigos á los pobres inundados, estimulando con su ejemplo la energía de los funcionarios, el valor de la tropa, la abnegación de todos los ciudadanos. El 5 de junio, de regreso á Saint-Cloud, recibió otras noticias no menos tristes. La misma plaga que acababa de castigar tan duramente á los ribereños del Ródano no había perdonado á los del Loira. En Orleans, en Blois, en Amboise, el río había desbordado: en Tours sobre todo los desastres eran inmensos por la crecida simultánea del Cher y del Loira. Apenas de regreso, el emperador volvió á partir para visitar y consolar á sus súbditos en su desgracia. Cuando se calmó, en fin, la furia

(1) «Documentos estadísticos relativos á las epidemias coléricas de 1854,» publicados por el ministerio de Agricultura y de Comercio, 1862, págs. 3-4.

(2) «Documentos estadísticos,» Introducción, págs. 7 y *passim*. — *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, tomo XVI, páginas 764-797.

de las aguas, se pudo hacer el triste inventario de sus devastaciones; cosechas destruídas, ganado ahogado, obras de fábrica derribadas, casas cuarteadas ó derrumbadas, mobiliario sumergido. En toda Francia y hasta en el extranjero se abrieron suscripciones en favor de las víctimas. Bajo el imperio de tan reciente desgracia, el gobierno estudió los medios de evitar nuevas catástrofes: abundaron los proyectos; unos proponían que se replantasen los bosques en las montañas ó que se reforzasen los diques, y otros que se estableciesen palizadas en la embocadura de los altos valles (3).

«Tengo empeñado mi honor, decía algo fastuosamente el emperador al abrir la legislatura de 1857, tengo empeñado mi honor en que, durante mi reinado, los ríos, lo mismo que la revolución, vuelvan á su lecho y no puedan volver á salir de él (4).»

IV

¿Cómo aquellos días entristecidos por la guerra y la escasez, desolados por la epidemia, trastornados por las inundaciones, fueron llamados los *bellos días del segundo Imperio*? Varias causas, de naturaleza muy diversa, concurren á relegar las miserias á la sombra y á poner de manifiesto las prosperidades. Si hay pocos pueblos felices, hay muchos que se callan: el hambre, las enfermedades, el duelo de las madres que lloran sus hijos muertos, todo esto deja pocas huellas públicas, y, cuando los que sufrieron han olvidado con el tiempo sus propios sufrimientos, es algo molesto evocar recuerdos borrados ó confusos hasta en la memoria de las víctimas. En la época que atravesamos, aquellas huellas eran tanto más raras cuanto más frecuentemente se imponía el silencio; ello no era inhumanidad ni siquiera indiferencia; pero, una vez pródigamente socorrida la miseria, convenía que no se exhibiese mucho y que no arrojara su tinte lívido sobre el brillo del nuevo reinado: así hacen en las playas de valetudinarios y gente de mundo en que los muertos son enterrados de noche á fin de no desacreditar la fama del lugar y de no turbar con fúnebres imágenes el aturdimiento general. Para ensordecir todo murmullo importuno, no había necesidad de mandar con mucho imperio: los pueblos tienen siempre para los nuevos príncipes tesoros de indulgencia; son las horas de administración fácil, de universal paciencia, en que el público, con increíble sumisión, se presta á enmudecer ó á repetir fielmente lo que le hacen decir. Una causa general impedía las quejas demasiado ruidosas: á pesar de todas las calamidades, lo que entonces dominaba en las masas era el instinto de la confianza: á través de los dolores ó de las dificultades pasajeras, se vislumbraba una época próxima en que todos los males se calmarían y en que la facilidad de los cambios, la rapidez de las comunicaciones, la abundancia del trabajo, la excitación de la actividad material aumentarían las fuentes de riqueza que las calamidades habían contribuído á agotar.

¿A quién no hubiera distraído y atendido entonces el atrayente espectáculo de las cosas exteriores? *Esplenden-*

(3) Véase carta del emperador al ministro de Obras públicas, 19 de julio de 1856 (*Monitor* del 21 de julio de 1856).

(4) Discurso de 15 de febrero de 1857 (*Monitor* del 16 de febrero de 1856).